

**¡CATÓLICOS!**

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

**EL CRUZADO DE LA FE**

ADMINISTRADOR  
**Don Cándido Ledesma Santos**  
Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR  
**Don Jesús Pereira Sánchez**  
Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR  
**Don Saturnino Moro Palos**  
Beneficiado y Profesor del Seminario

**Santo Evangelio**

25. Sucedió que yendo con Jesús gran multitud de gentes, vuelto a ellas les dijo:—26. Si alguno de los que me siguen no aborrece, o no ama menos que a mí, a su padre y a su madre, y a la madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y a su vida misma, no puede ser mi discípulo.—27. Y el que no carga con su cruz, y no me sigue tampoco puede ser mi discípulo.—28. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla?—29. No le suceda que después de echados los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que la vean comiencen a burlarse de él.—30. Diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó a edificar, y no ha podido rematar.—31. O ¿cual es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey no considera primero despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él?—32. Que si no puede, despachando una embajada, cuando está el otro todavía lejos le ruega con la paz.—33. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.—34. La sal es buena; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué será sazónada?—35. Nada vale, ni para la tierra ni para servir de estiércol; así es que se arroja fuera como inútil. Quien tenga oídos para escuchar, atienda bien a eso.

**CAPITULO XVI**

1. Decía también Jesús a sus discípulos: Erase un hombre rico, que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino a entender que le había dissipado sus bienes.—2. Llamóle, pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda.—3. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara.—4. Pero ya se lo que he de hacer, para que cuando sea removido de mi mayordomía halle yo personas que me reciban en su casa.—5. Llamando, pues, a los deudores de su amo a cada uno de por sí, dijo al

**EN FAVOR DEL SEMINARIO**

El sacerdote, prescindiendo de su personalidad y mirado en su dignidad ministerial, es un don de Jesucristo.

Es otro Cristo, dejado en la tierra para proseguir la empresa de Cristo. Nuestra comunicación con Cristo ha de hacerse por medio del sacerdote.

El sacerdote es dueño del cuerpo de Cristo, y él lo trae al altar y le ofrece a Dios Padre como hostia de propiciación en la Misa, realizando la acción más grande sin duda de cuantas se realizan en la tierra.

El sacerdote es también el dueño de la Iglesia, del cuerpo místico de Cristo, de nosotros los cristianos;

primero: ¿Cuánto debes a mi amo?—6. Respondió: cien barriles de aceite. Dijo después a otro: Y tú, ¿cuanto debes? Respondió: Cien coros o cargas de trigo. Díjole: Toma tu obligación, y escribe otra por ochenta.—8. Habiéndolo sabido el amo, alabó a este mayordomo infiel, no por su infidelidad, sino de que hubiese sabido portarse sagazmente. Porque los hijos de este siglo, o amadores del mundo, son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz, o del evangelio, en el negocio de su eterna salud.—9. Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas, manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis seáis recibido en las moradas eternas.—10. Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho.—11. Si en las falsas riquezas no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las verdaderas, o las de la gracia?—12. Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo propio vuestro?—13. Ningún criado puede servir a dos amos, porque o aborrecerá al uno y amará al otro o se aficionará al primero y no hará caso al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas.—14. Estaban oyendo todo esto los fariseos, que eran avarientos, y se burlaban de él.—15. Mas Jesús les dijo: Vosotros os vendéis por justos delante de los hombres; pero Dios conoce el fondo de vuestros corazones. Porque sucede a menudo que lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable.

S. Lucas cap. XIV, w. 25-35 y cap. XVI, w. 1-15



es nuestro padre, nuestro presidente, nuestro Cristo.

El sacerdote es el supremo juez de nuestras almas en este mundo, y a quien si acudimos en el pleito trascendental de nuestras conciencias nos absuelve de nuestras prevaricaciones ante Dios.

El sacerdote es el presidente de todas nuestras oraciones, y en toda la liturgia él va a la cabeza del pueblo, como representante nuestro y legado de Cristo a orar con la máxima autoridad en nombre de la Iglesia.

El sacerdote es insustituible por ninguno, y por la alteza de su ministerio ha sido revestido por Jesucristo de la mayor dignidad que hay en la tierra.

Todo esto, como dice San Juan Crisóstomo, debe llenarnos de estupor. Prescindiendo de su propia personalidad y atendiendo a su ministerio, no hay persona en la tierra a quien debamos estimar y venerar y amar más que a los sacerdotes, atendiendo a Jesucristo, a quien representan.

El pueblo debe volver a la veneración antigua que profesaban los fieles a los sacerdotes. Venerando al sacerdote, veneran a Jesucristo. «Miradnos, dec a San Pablo, como ministros de Cristo»

Así parecen entenderlo los jovencitos, que animosos han ingresado por primera vez en el Seminario. Una veintena de ellos han empezado la carrera eclesiástica, y muchos más serían los que acudieran si el Seminario contase con medios para admitir a los que siendo pobrecitos han mostrado deseos de hacerse sacerdotes.

Favoreced, pues cuanto podais al Seminario.

## El Santísimo Rosario

Qué es el Rosario no hay que decirlo. Lo sabe todo el mundo. No hay pueblo que no lo rece, el autor del rosario—dice el Papa León XIII—fué el ínclito español Sto. Domingo de Guzmán, fundador también de la esclarecida Orden de religiosos Dominicos. Lo fundó—dice el mismo Papa—por inspiración de la Virgen, en el siglo XIII, para ver de rendir y traer al cristianismo a los herejes albigenses. El ardiente deseo de su conversión le mereció del cielo la inspiración del rosario. Predicándolo, convirtió miles y miles de ellos, quedando desde entonces en la Iglesia como el arma más poderosa contra esa clase de enemigos.

El rosario consiste en rezar devotamente sus diezces, acompañado simultáneamente de la atenta contemplación de cada uno de sus misterios de gozo, de dolor y de gloria, que todos deben saber.

Así, pues, el rosario entero se compone de quince diezces. Cada diez consta de un Padre nuestro y diez Avemarias, no siendo lícito aumentarlos ni disminuirlos, so pena de no ganar las gracias del rosario. Los misterios deben ir meditándose sucesivamen-

te, según se reza cada *diez*. El Gloria Patri, después de cada diez, no es esencial, pero es costumbre muy loable, y nunca debe omitirse.

Cuando se reza el rosario por algún difunto, en vez de Gloria usan muchos el Requiem aeternam; el cual está indulenciado con cincuenta días cada vez que se diga.

La letanía Lauretana o de la Virgen tampoco es esencial; sin embargo en atención a su uso universal y a las muchas indulgencias que tiene, nadie debe omitirla.

El rosario de Sto. Domingo vale igual para los muertos que para los vivos. Es el rosario de los niños, de los grandes, de los humildes, de los reyes, de los sanos, de los enfermos, de los vivos todos y de los muertos. Y no hay otro rosario. Así lo tiene dispuesto la Iglesia. El sufragio mejor y que más vale por los difuntos es el Sto. Sacrificio de la Misa y después, dice el P. Demora, es el rezo del santo rosario: Y San Ligorio ha escrito: «Si queremos ayudar a las almas del purgatorio, apliquémosles especialmente el rosario; no hay duda que su rezo les procura grande alivio». Y el Papa León XIII que antes de serlo, era Director de la orden tercera de San Francisco mandó que en la muerte de cualquier Terciario de San Francisco asistieran a los funerales los terciarios de la población y también los que estuvieran de paso en ella; y todos juntos rezarán, para celestial alivio del difunto, la devoción mariana instituida por Sto. Domingo, esto es, el Santo Rosario, o cuando menos una tercera parte. Y este mismo Pontífice, que desde el año 1883 encargaba todos los años que se celebrara el mes del rosario, ordenaba que no termine éste el día último de Octubre, sino el día 2 de Noviembre, a fin de que las ánimas del purgatorio también participen, de especial manera, de los frutos del rosario. Y añade en otra Encíclica «Las indulgencias del Rosario, otorgadas en cierto modo por las manos mismas de la Virgen, tienen que aprovechar grandemente a los *moribundos* y a los *difuntos*, haciéndoles gozar más pronto de los consuelos, de la paz y de la luz eterna del cielo».

Lector amigo, he querido recordarte estas cosas porque estamos en el mes del rosario que todos lo recemos como debemos, si queremos que la Virgen Santísima, apiadada de nosotros, nos alcance de su Divino Hijo la terminación pronta y feliz de esta guerra que nos sangra, la paz verdadera de Cristo en el reino de Cristo y la unión sincera y eterna de todos los españoles fundidos por el amor a Dios y a nuestra patria. Recemos el rosario todos los días y en familia si es posible y no nos olvidemos de pedir por los difuntos; apliquemos nuestros rosarios por tantos valerosos confesores de la fé de Cristo inmolados por el odio satánico de los hordas sin Dios; por tantos valientes defensores de la fé y la independencia de la Patria, que han dado generosamente su vida, luchando hasta morir en los frentes de batalla; por



nuestro ejército de tierra, mar y aire para que guiado por nuestro providencial e invicto Caudillo (q. D. g.) logre pronto acabar con todos los enemigos de Dios y de España.

## AL PADRE CELESTIAL

— SONETO —

—Padre de amor, señor y Vida mía,  
mi Dios y mi Criador, que de la nada  
me sacaste del día en la alborada  
al soplo de tu amor, que inmenso ardía.

—Padre de amor, que con clemencia pía  
me hiciste de tu Hijo ofrenda amada,  
para salvar a mi alma, que angustiada  
bajo las garras de Luzbel gemía.

—Eterno Padre, que me dás copioso  
de tu gracia divina el dón precioso,  
tu Espíritu de amor omnipotente.

Sepa ¡oh mi Dios! rendirte yo ferviente  
el culto de mi amor acá en el suelo  
y logre de tu amor eterno el Cielo.

César Moro

## Socorro a las Iglesias de las Diócesis devastadas

*Lista de los donantes y relación de prendas que  
enviará esta Diócesis a la de Barbastro  
cuando sea liberada*

(Continuación)

D.<sup>a</sup> Micaela Martín de Sexmiro 5 pesetas.

D.<sup>a</sup> Dominica Hernández 1 peseta.

Excma. Marquesa de Armendariz.—2 metros de  
hilo y puntillitas estrechas.

D.<sup>a</sup> Rosario Zato.—1 juego de vinajeras y una  
puntilla para mantel.

D.<sup>a</sup> Mercedes Juy.—Hechura de 2 amitos con cru-  
ces bordadas, 1 palia, 1 hijuela, bolsa de corporales,  
1 mantel, 2 lavabos, 12 purificadores y puntilla para  
los mismos.

D.<sup>a</sup> Mercedes Alonso.—1 mantel, 2 pañitos de  
vinajeras, 1 purificador, 2 palias y 2 hijuelas.

Srta. Acalia Paniagua.—4 varas de puntilla para  
mantel.

D.<sup>a</sup> María Santos.—4 varas de puntilla para man-  
tel y hechura de varios purificadores y pañitos.

Srta. Consuelo San Pablo.—Hechura de 3 purifi-  
cadores y un corporal

Srta. Priscila Aires.—2 corporales.

Del pueblo de Sancti-Spiritus: 1 alba, 1 sobrepe-  
litz, 6 manteles, 39 amitos, 33 corporales, 8 purifica-  
dores, 17 paños de vinajeras, 8 palias y 8 hijuelas.

De una devota, 6 varas de puntilla.

Josefa Navarro; puntilla ancha para mantel y tela  
blanca para roquetes.

Una señora de Bodón; 1 mantel para credencia y  
puntilla.

Juliana Oreja; 3 varas puntilla.

Dolores Romero; 2 Cortinas encaje y varias pun-  
tillas.

Asunción Posada del Campo, Encaje para mantel.

Rosario Calleja; 6 corporales hilo y una sábana  
de hilo.

Sr. Magistral y familia; 1 cingulo, 2 amitos, 1 sá-  
bana de hilo, 2 almohadones de idem, 3 varas de te-  
la de hilo, encaje para mantel y varios juegos de pa-  
lias y 2 corporales.

Flora Hernández Barcárcel, 2 Corporales, 1 puri-  
ficador, 1 retazo de tela hilo y puntilla estrecha.

MM. Teresianas; 2 retazos puntilla, 2 cingulos,  
9 fiadores, 2 amitos, 3 paños lavabos, 4 purificado-  
res y 6 tirillas para estolas.

Casilda Arajime, Encaje para mantel y tela hilo.

MM. Carmelitas Descalzas, 1 Casulla encarna-  
da, 1 Alba, 3 cingulos y 3 fiadores.

Cofradía del Carmen Pquia. de S. Isidoro, 25 pts.

Srtas. Isabel y Victorina Román, 25 ptas.

D.<sup>a</sup> Plácida Egido, de una persona piadosa, 10 pts.

Srta. de Romero, hechura de un amito y 7 puri-  
ficadores.

2.<sup>o</sup> donativo de Juliana Oreja, 2 Candeleros.

Cándida Martín, bandeja para la Comunión.

Srtas. de Salicio, 1 Capa pluvial, 1 Casulla, 1 do-  
cena de corporales, 1 y 1/2 de purificadores, 4 amitos  
y media docena de pañitos para lavabos.

(Continuad)

## CARTA COLECTIVA

de los Obispos españoles a los de todo el mundo  
con motivo de  
LA GUERRA EN ESPAÑA

(Continuación)

Al estallar la guerra hemos lamentado el doloroso  
hecho, más que nadie, porque ella es siempre un mal  
gravísimo que muchas veces no compensan bienes  
problemáticos, y porque nuestra misión es de recon-  
ciliación y de paz: «Et in terra pax Desde sus comien-  
zos hemos tenido las manos levantadas al cielo para  
que cese. Y en estos momentos repetimos la palabra  
de Pío XI, cuando el recelo mutuo de las grandes po-  
tencias iba a desencadenar otra guerra sobre Europa:  
«Nos invocamos la paz, bendecimos la paz, rogamos  
por la paz». Dios nos es testigo de los esfuerzos que  
hemos hecho para aminorar los estragos que siempre  
son su cortejo.

Con nuestros votos de paz juntamos nuestro per-  
dón generoso para nuestros perseguidores y nuestros  
sentimientos de caridad para todos. Y decimos sobre  
los campos de batalla y a nuestros hijos de uno y otro  
bando la palabra del Apóstol: «El Señor sabe cuánto  
os amamos a todos en las entrañas de Jesucristo».



Pero la paz es la «tranquilidad del orden, divino, nacional, social e individual, que asegura a cada cual su lugar y le da lo que le es debido, colocando la gloria de Dios en la cumbre de todos los deberes y haciendo derribar de su amor el servicio fraternal de todos». Y es tal la condición humana y tal el orden de la Providencia—sin que hasta ahora haya sido posible hallarle sustitutivo—que siendo la guerra uno de los azotes más tremendos de la humanidad, es a veces el remedio heroico, único, para centrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por esto la Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la Paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las Ordenes Militares y ha organizado Cruzadas contra los enemigos de la fe.

No es este nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó, y no creemos necesario vindicarla de la nota de beligerante con que en periódicos extranjeros se ha censurado a la Iglesia en España. Ciertamente miles de hijos suyos, obedeciendo a los dictados de su conciencia y de su patriotismo, y bajo su responsabilidad personal, se alzaron en armas para salvar los principios de religión y justicia cristianas que secularmente habían informado la vida de la Nación; pero quien la acuse de haber provocado esta guerra, o de haber conspirado para ella, y aun de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para para evitarla, desconoce o falsea la realidad.

Esta es la posición del Episcopado español, de la Iglesia española, frente al hecho de la guerra actual. Se la veió y persiguió antes de que estallara; ha sido víctima principal de la furia de una de las partes contendientes; y no ha cesado de trabajar, con su plegaria, con sus exhortaciones, con su influencia, para aminorar sus daños y abreviar los días de prueba.

Y si hoy, colectivamente, formulamos nuestro veredicto en la cuestión complejísima de la guerra de España, es, primero, porque, aun cuando la guerra fuese de carácter político o social, ha sido tan grave su repercusión de orden religioso, y ha aparecido tan claro, desde sus comienzos, que una de las partes beligerantes iba a la eliminación de la religión católica en España, que nosotros, Obispos católicos, no podíamos inhibirnos sin dejar abandonados los intereses de nuestro Señor Jesucristo y sin incurrir en el tremendo apelativo de «canes muti», con que el Profeta censura a quienes, debiendo hablar callan ante la injusticia; y luego, porque la posición de la Iglesia española ante la lucha, es decir, del Episcopado español, ha sido torcidamente interpretada en el extranjero: mientras un político muy destacado, en una revista católica extranjera la achaca poco menos que a la ofuscación mental de los Arzobispos españoles, a los que califica de ancianos que deben cuanto son al régimen monárquico y que han arrastrado por razones de disciplina y obediencia a los demás Obispos en un sentido favorable al movimiento nacional, otros nos acusan de temerarios al exponer a las contingencias

de un régimen absorbente tiránico el orden espiritual de la Iglesia, cuya libertad tenemos obligación de defender.

No; esta libertad la reclamamos, ante todo, para el ejercicio de nuestro ministerio; de ella arrancan todas las libertades que vindicamos para la Iglesia. Y, en virtud de ella, no nos hemos atado con nadie—personas, poderes o instituciones—aun cuando agradezcamos el amparo de quienes han podido librarnos del enemigo que quiso perdernos y estemos dispuestos a colaborar, como Obispos y españoles, con quienes se esfuercen en reinstaurar en España un régimen de paz y de justicia. Ningún poder político podrá decir que nos hayamos apartado de esta línea, en ningún tiempo.

#### 4.—El quinquenio que precedió a la guerra

Afirmamos, ante todo, que esta guerra la ha acrecentado la temeridad, los errores, tal vez la malicia o la cobardía de quienes hubiesen podido evitarla gobernando la nación según justicia.

Dejando otras causas de menor eficiencia, fueron los legisladores de 1931, y luego el poder ejecutivo del Estado con sus prácticas de gobierno, los que se empeñaron en torcer bruscamente la ruta de nuestra historia en un sentido totalmente contrario a la naturaleza y exigencias del espíritu nacional, y especialmente opuesto al sentido religioso predominante en el país. La Constitución y las leyes laicas que desarrollaron su espíritu fueron un ataque violento y continuado a la conciencia nacional. Anulados los derechos de Dios y vejada la Iglesia, quedaba nuestra sociedad enervada, en el orden legal, en lo que tiene de más sustantivo la vida social, que es la religión. El pueblo español que, en su mayor parte, mantenía viva la fe de sus mayores, recibió con paciencia invicta los reiterados agravios hechos a su conciencia por leyes iníquas; pero la temeridad de sus gobernantes había puesto en el alma nacional, junto con el agravio un factor de repudio y de protestas contra un poder social que había faltado a la justicia más fundamental que es la que se debe a Dios y a la conciencia de los ciudadanos.

Junto con ello la autoridad, en múltiples y graves ocasiones, resignaba en la plebe sus poderes. Los incendios de los templos en Madrid y provincias, en Mayo de 1931, las revueltas de Octubre de 1934, especialmente en Cataluña y Asturias, donde reinó la anarquía durante dos semanas; el periodo; el periodo turbulento que corre de Febrero a Julio de 1936, durante el cual fueron destruidas o profanadas 411 iglesias y se cometieron cerca de 3.000 atentados graves de carácter político y social, presagiaban la ruina total de la autoridad pública, que se vió sucumbir con frecuencia a la fuerza de poderes ocultos que mediatizaban sus funciones.

(Continuara)